



Utopía y Praxis Latinoamericana

ISSN: 1315-5216

utopraxis@luz.ve

Universidad del Zulia

Venezuela

Maturo, Graciela

Reseña "Yo, San Martín" de Carlos Thorne

Utopía y Praxis Latinoamericana, vol. 16, núm. 55, octubre-diciembre, 2011, pp. 141-146

Universidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27921728011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Carlos Thorne. *Yo, San Martín*. Prólogo de Abel Posse. Madrid, 2011.

Graciela MATURO, Argentina.

Agradezco a mi viejo amigo Carlos Thorne el haberme elegido como presentadora o comentarista de su libro *Yo, San Martín*. Conozco su trayectoria, su talento, sus trabajos históricos y literarios. Sus novelas *Papá Lucas*, *El Señor de Lunahuaná*, *El encomendero de la adarga de plata*, tomaron el rumbo de la novelización americana que enlaza tiempos y espacios en una tarea de comprensión de nuestra realidad, revelándolo como un gran intérprete de la historia y un señor del estilo.

Pero en su camino de hijo del Perú se hallaba sin duda este personaje que a todos los sudamericanos nos pertenece: José de San Martín. Un gran novelista encontró a su héroe, y en tal sentido comparto lo asentado por otro grande de nuestras letras, Abel Posse, en su breve prólogo: Escribir esta novela poética estaba seguramente en su destino. Hay en efecto algo destinal en este encuentro del escritor con un personaje al que puede dar carnadura porque ha pasado por los filtros de su propia interioridad. Captar, recrear, comprender, es sin duda más importante que discutir o analizar. Tal el acto del novelista, amoroso en esencia, que nos aboca como lectores al difícil discernimiento de las fibras del escritor entremezcladas en el retrato de su personaje.

Y debía ser en el Perú, a mí ver, donde se emprendiera esta tarea de plena recuperación del héroe histórico, no en la Argentina –donde hace poco tiempo se escribió una historia infamante– ni en Chile, Bolivia o el Uruguay, también ligados a la gesta emancipatoria del Capitán. En el Perú que conoció a San Martín en el apogeo de su gloria, que lo

veneró como gobernante y de él recibió gestos, leyes e iniciativas de conductor y de maestro. Con ese reconocimiento colectivo viene enriquecido Carlos Thorne cuando aborda, con el esfuerzo del historiador, el amor del discípulo y la destreza del escritor maduro, esta empresa novelística. Arduo ha sido desbrozar los documentos, cartas, actas y testimonios de distintos archivos y repositorios. Pero más difícil era descongelar ese material, insuflarle vida, pasión, aliento, hacerlo sensible y creíble para nosotros los lectores, descubrir su cuota de verdad y humanidad.

Carlos Thorne se impuso ese desafío: ser leal a la documentación existente, y servir a esa otra verdad más honda de lo histórico, esa que no figura en el museo ni en las actas notariales. Porque es tarea poética, es decir de escritor, esa comprensión profunda de lo histórico que insume necesariamente al novelista porque es una tarea que llamaría –sin caer en tecnicismos– de la inter-subjetividad, del encuentro, del descubrimiento del otro en el sí mismo, o del sí mismo en el otro.

Pero dejemos estas disquisiciones y abordemos esta obra excepcional, que nos acerca a un San Martín anciano, próximo a la muerte –el escritor se ha preocupado de asentar la fecha: 2 de agosto de 1850– que arrastra una silla para sentarse frente al mar, recordando su vida. Y se produce el milagro, podemos escuchar su voz, esa voz de viejo todavía aguerrido, la voz del padre, el joven, el militar, el galán, el esposo, el soñador, el conductor.

*En esta soledad he sentido el aullido de la muerte* dice Don José, acariciado por la brisa marítima que hace ondular su poncho americano. Un San Martín sin rencores, transfigurado, ecuaníme, va a desplegar los recuerdos de su vida, desde el Yapeyú de la niñez hasta el destierro en la bella Francia.

En 15 capítulos sabiamente administrados, Carlos Thorne va desgranando los años de San Martín desde que sale de España –de la España por la que ha luchado– con pasaporte inglés, pasando por encuentros, batallas, sufrimientos, saraos, e intimidades, hasta el presente de su lúcido final.

La rememoración, para los antiguos, adquiriría el carácter de lo sagrado. El encuentro con el devenir, en la intención de recapturar lo esencial, rescatándolo del deterioro, era una actividad constituyente de la persona, un triunfo contra el olvido. En este caso aparecen en el horizonte dos móviles: asentar algunos hechos y juicios que responden a la necesidad de dejar un testimonio, y ajustar cuentas

consigo mismo, como lo hace todo buen cristiano, en la proximidad de la muerte.

Una voz castiza y sin alambicamientos, una voz argentina, sudamericana, peruana si cabe, nos acerca ese devenir en momentos fulgurantes y variados, públicos e intimistas. Una voz que asume plenamente la primera persona del título, o la segunda del monólogo interior, del hablar consigo mismo. Voz que sin perder la universal riqueza del español, acusa los matices de la irrenunciable patria sudamericana del personaje, y de la reconocible patria del autor que hace gala de una sobria riqueza idiomática. Es muy bello recuperar el idioma en su versión prístina, expresiva, carente de empaque; ese idioma, el castellano americano, que hoy es maltratado y empobrecido en nuestras grandes ciudades.

El yo del monólogo interior, en alternancia con el tú que lo interpela, nos va llevando con sutiles matizaciones a los diferentes momentos de la vida del héroe, y en cada uno de ellos surge un presente que anima la escritura y hace vívidas las escenas ante nuestros ojos. Ello ofrece oportunidad para la inserción ocasional de otras voces, preguntas y respuestas que otorgan vivacidad al relato.

Daré un ejemplo: "Tú habías trepado en las jarcias y ayudado a desplegar la vela de la verga mayor del palo de proa, para recibir mejor el viento, también habías ayudado junto con Holmberg y Arellano a desaguar la cubierta grasosa del pañol. El cocinero trae un frasco de higos secos, el capitán los ofrece con mucha cortesía, primero a Doña Carmen y luego a ti. Es la víspera del 25 de febrero de 1811 y tú mañana cumplirás 34 años".

Van sucediéndose los momentos del pasado y las detenciones del presente, que integran un itinerario público y un recorrido personal, sin presentarse separadamente. Pero sobre todo va desplegándose ante nuestros ojos la personalidad moral de José de San Martín, su perfil interior no eminente ni marmóreo sino sencillamente humano, atravesado por algunos errores y debilidades pero en lo fundamental, tocado por la grandeza. No son los intereses personales ni los apetitos mundanos los que movilizan a este hombre austero, soñador, algo triste, sino su raigal amor a la Patria y su aceptación del destino. Esta aceptación, de carácter religioso, siempre desborda la voluntad individual: es un pacto tácito del hombre con la Providencia divina. El lector percibe este pacto destinal que otorga fuerza al personaje en medio de sus contingencias y flaquezas. Siente la proximidad afectiva del nombre que ha obedecido a un llamado, y se mantuvo ajeno

a la solemnidad, el orgullo y el engolamiento de los mediocres.

El cuerpo frágil es azotado por dolores y enfermedades, que sólo la fuerza del carácter es capaz de ordenar y sobrellevar.

Y se dice a sí mismo: Tú no puedes olvidar que naciste en una reducción de indios donde los jesuitas cultivaron hermosos hierbales, huertos y muchos jardines, y que lo lograron domando la feracidad de estas tierras, merced a la disciplina que corrige las pasiones. Esa voz interior es un yo ético que le habla continuamente en la hora última, organizando la totalidad de sus recuerdos y haciendo vivo el testimonio de una vida cumplida. Es en cierto modo una introspección y una defensa, el testimonio de haber respondido plenamente a la vocación.

Y pasa revista a la condición moral de los otros, al débil patriotismo de algunos funcionarios, a la ambición de otros, a la vanidad de embajadores y militares que trataron con él, obstaculizaron sus planes, mezquinando a veces los recursos, accediendo a medias a su obstinación. El lapso, no muy largo, de los servicios de San Martín a la Patria, es repasado con ayuda de cartas y documentos que el novelista supo animar y reinterpretar.

La pregunta es una modalidad que se reitera en el discurso de Carlos Thorne, y con toda evidencia es algo más que un recurso retórico: es la expresión de juicios no definitivos, de cuestiones morales e históricas no totalmente resueltas. Hay asuntos que la propia historia ha dejado abiertos, mostrando que la vida humana no es un teorema matemático y que la grandeza no es ajena al error y la labilidad del hombre.

Como lectores, compartimos el punto de vista del soldado, el héroe doliente que exige al máximo sus fuerzas corporales, el esposo, el hombre sensible a la solicitud de algunas mujeres, el solitario, el hombre de gobierno tanto en Mendoza como en el Perú. Vemos nítidamente a San Martín en los años en que le tocó actuar, conocemos una vez más las incomprensiones que sufrió, las causas profundas que lo llevaron al destierro.

Y también conocemos al filósofo introspectivo -entretreído entre Carlos Thorne y José de San Martín- que reflexiona con la sutileza de un Pascal o un Montaigne sobre la inteligencia y las pasiones, sobre la diversa y contradictoria condición humana, sobre la fidelidad a una tierra, sobre el amor, la libertad y el pecado, sobre el enigma del tiempo.

Las olas del mar septentrional y la brisa del atardecer vuelven como estribillos poéticos en ese largo y diversificado monólogo del héroe ya casi descarnado, que deja su testimonio. Thorne ha desnudado la personalidad de San Martín y ha novelado su vida a partir de la técnica de la remembranza, sin eludir espinosos tramos de su gesta, e incluso el delicado tema del encuentro de Guayaquil en que se enfrentaron los Libertadores. Todo desfila en un discurso más lírico que épico, que si bien hace lugar a descripciones realistas de batallas o aprestos pronto los envuelve en la mirada de un capitán que denuncia la inmoralidad de la guerra.

La narración se diversifica en diálogos, hace lugar a otros sujetos, inserta cartas históricas y otras inventadas, al menos una. Conoce nuestro amigo el papel heurístico de la imaginación que otorga valor a la actividad del escritor en aquellos huecos donde ha faltado el documento, y se ejerce aún sobre el documento mismo, al recrearlo imaginariamente.

José de San Martín, desprendido del bronce, alcanza extraordinaria estatura moral a partir de su introspección rememorante y filosófica. Establece, sin pregonarlo, un claro contraste con figuras históricas penetradas por la soberbia o el afán de poder. La obra literaria siempre es leída desde el presente del lector, siempre es reconocida desde el marco de la historia presente.

Carlos Thorne nos condujo a lo largo de veinte años en que su personaje estuvo vivo y actuante en América, pero nos libra a su incorporación desde el siglo XXI, desde nuestro ahora difícil y conflictivo. Tal el triunfo hermenéutico de la novela sobre la historia documental. Siempre será la suya una lectura personal de la historia, una lectura comprometida, silenciosamente opinante, que reclama del lector una respuesta. Así el texto, cuyo nombre quiere decir tejido, se convierte también en un entretejido de subjetividades, la del autor, la del personaje en este caso histórico, la del lector, convocado a su turno. No se trata pues de texto como cosa dispuesta al análisis sino de un juego conversacional entre sujetos.

Mucho más podríamos decir de esta obra magnífica y oportuna, iluminadora, provocadora. Pero deberemos escuchar a otro gran novelista – Abel Posse – también abocado en su labor a sucesos y a personajes históricos, que seguramente hallará en ella otros aspectos dignos de atención.

Sólo me queda agradecer al consumado escritor, historiador y amigo esta obra nacida de su

amor a la verdad y a la patria americana, que compartimos.